

# MISTICA Y CARIDAD EN LA IGLESIA CATOLICA, DEISMO Y FILANTROPIA EN LAS SECTAS PROTESTANTES (1)

Por *MARIANO IBERICO*

Con reverencia ante los valores espirituales que esta conferencia se propone exaltar y defender, con agradecimiento para el señor Presidente de la Acción Católica Peruana que me ha hecho el honor de considerarme entre los conferencistas de este ciclo y con viva emoción al tomar mi puesto en esta necesaria cruzada por la verdad y el bien, ofrezco mi trabajo a los católicos del Perú. Lo he escrito con el pensamiento en Dios y en el Perú, con la idea de que sólo la tradición católica puede darnos una patria grande y con la profunda convicción de que todo lo que tienda a debilitar o menoscabar esa tradición, contribuirá al mismo tiempo y por modo inevitable, a la disolución del espíritu nacional.

Por estimar que una rápida contemplación de lo que es la Iglesia Católica como organización espiritual y como fundación divina, nos hará percibir, como elementos esenciales de su vitalidad y de su grandeza, el misticismo y la caridad, os propongo las consideraciones preliminares que siguen.

Según la filosofía aristotélica, en cuyos principios y definiciones se configura por modo admirable lo más valioso de la sabiduría antigua y cuyo sistema de conceptos fue adoptado en parte muy considerable por la filosofía católica, el espíritu o más exactamente Dios es esencialmente forma. Es decir, que no sólo configura y organiza la materia sino que da un sentido a sus transformaciones, y

---

(1).—Conferencia del ciclo organizado por la Acción Católica, dada el viernes 14 de febrero de 1941.

desde su alta trascendencia, al par que señala a cada ser su lugar en la escala de las criaturas, preside la gradual ascensión de todos hacia la perfección. Dios es así el principio y el fin de todo. Principio porque preexiste metafísicamente a las cosas como el plano preexiste al edificio, fin de todo porque es la meta inaccesible pero necesaria hacia donde tiende el movimiento universal de los seres.

Pero esta filosofía que en forma tan acabada explica al par que su organización jerárquica esa como procesión ascensional de la realidad hacia formas cada vez más perfectas, no era completa en sí misma ni podía ofrecer a la inquietud humana la esperanza de salud y de plenitud que ella requiere. El Dios aristotélico, mera forma intelectual, es un Dios indiferente y distante que ignora la inquietud humana y el propio movimiento del mundo hacia la perfección que se encuentra en El. El Dios aristotélico es como un imán que solamente atrae pero que no puede salir de su estática perfección en un movimiento de amor, de caridad, de gracia. Le faltaba el elemento afectivo que instituye en Dios mismo una dispensación de misericordia y de gracia y en el corazón del hombre, el ansia, el apetito moral de Dios, le faltaba el amor que colmando el abismo de la separación une a Dios con el hombre sin que pierda Dios los atributos de su divinidad y sin que rompa el hombre los lazos de su dependencia ontológica y ética por relación al creador.

Pero hay más: a la concepción aristotélica le faltaba explicar esa misteriosa angustia y esa misteriosa esperanza que no le permiten reposar al hombre en la mera comprensión intelectual de las cosas y que al par que le impulsan hacia un más allá le iluminan los seres y las formas de la propia realidad circunstante con una luz que los transfigura y como que los eleva sobre su propia naturaleza. Y es que la concepción aristotélica era tan sólo una filosofía, y toda filosofía es incompleta con la intrínseca e inevitable limitación del hombre.

Por eso sólo una intervención sobrenatural podía traer el nuevo mensaje o más exactamente, la nueva vida con todo lo que la vida tiene de luz, de profundidad y de misterio. Y así el hombre, con el advenimiento de la vida cristiana, recibió, junto con la noción de su verdadera esencia y la visión de su destino, la promoción sobrenatural a la santidad que es la vida según Dios y en Dios.

Esta vida, el hombre, abandonado a sí mismo, no la podía ni descubrir ni vivir. Era indispensable una revelación, un acto supremo de la gracia divina que liberando al hombre de la imperfección inherente a su naturaleza le diese, no sólo el mensaje, no sólo la enseñanza sino la posibilidad de realizar en su vida el ideal de santidad. Y esa revelación, ese acto supremo de la bondad divina es Jesucristo que no sólo es el maestro sino Dios mismo, la encarnación absoluta de la vida cristiana en cuya riqueza, profundidad y divinidad participamos todos en cuanto seguimos la enseñanza de Cristo y renovamos por la oblación de nosotros mismos el acto supremo de caridad que a la vez sustenta y corona el edificio inmortal del cristianismo.

El cristianismo es pues enseñanza y misteriosa mediación entre Dios y el hombre. Posibilidad de acceso del hombre a la comunión con Dios y efusión de la gracia divina sobre el hombre. Pero no se agota con ello su maravillosa esencia porque el cristianismo es una institución, una sociedad, un cuerpo vivo organizado y permanente, un imperio universal estructurado en parte siguiendo la tradición de Roma, pero animado en su integridad por el propio Jesucristo: alma, principio y fin, fundamento y coronación del edificio, donde cada criatura al par que ocupa un lugar determinado en el orden disciplinario y jerárquico — necesario para mantener la unidad de la doctrina y de la acción evangélica — participa en la misma vida sobrenatural, comulga con la universalidad de los fieles en el cuerpo, en la sangre y en el espíritu inmortal del fundador.

Y esta institución es la Iglesia Católica, el imperio universal de Jesucristo, fuera de la cual no son posibles la salud ni la santidad, porque la Iglesia no es solamente la depositaria de la verdad evangélica sino Cristo mismo que desde la suprema eminencia de su ser y de su amor se ofrece, a la vez como el ideal a perseguir y como la realidad presente y actuante, fuente inagotable de inspiración y de santidad. De modo que lo que Aristóteles había entrevisto en la economía de la organización cósmica se realiza en el mundo del espíritu pero no mediante una fría gradación de esencias sino gracias a la misteriosa circulación de una vida sobrenatural, de una vida que infunde en la naturaleza el sople de Dios.

La imposibilidad de la salud fuera de la Iglesia Católica se deduce así no sólo de consideraciones dogmáticas sino de la esencia

misma del cristianismo que no ofrece una salvación separada, individual, sino que es una comunidad cuyos miembros participan en la misma vida y que en consecuencia supone una organización, un orden, una jerarquía cuyos grados a la vez que mantienen la estructura social del edificio eclesiástico, posibilitan y facilitan la ascensión del alma a las más altas y excelsas esferas de la perfección espiritual.

Ahora bien, si se nos preguntara ¿en qué consiste al fin y al cabo la perfección espiritual?, nosotros diríamos: en cumplir en la tierra la voluntad de Dios, en ser un elemento vivo de su obra, pero principalmente en participar de algún modo de la vida de Dios, en llegar, por la vía de la humildad y trascendiendo los límites de la simple naturaleza individual, a existir plenamente en Dios.

Esta unión con Dios, este vivir en El constituye, tomando la palabra en su más alta generalidad, el estado místico. De suerte que si la Iglesia Católica se funda en una institución divina y si promueve y conduce las almas a la unión con Dios en tanto que sumisión a su ley y participación en la vida de la caridad y de la gracia, podemos decir que, esencialmente, la Iglesia Católica se funda y se corona en una región, en una comunión de carácter místico, y que de este modo el misticismo es el alma misma de la Iglesia y la atmósfera vital en que respira y florece el árbol de la perfección cristiana. Y así la Iglesia Católica, mediante su admirable organización ascensional y gracias al espíritu general que la anima hace posible la vida divina en la tierra.

Esta comunidad espiritual, esta participación de todos en una vida que el propio Jesucristo sustenta no sólo por la virtud de su palabra y de su ejemplo sino con la difusión eucarística de su cuerpo y su sangre, se expresa con admirable claridad y profundidad en la doctrina católica del cuerpo místico. Según ella la Iglesia Católica forma una sociedad inmensa de naturaleza particular que reúne en su seno a Dios y a los hombres, cuyo jefe es Jesucristo glorioso en los cielos y de la cual los cristianos somos los miembros dispersos sobre toda la tierra.

Esta inmensa sociedad no es una mera yuxtaposición de individuos unidos por un vínculo exterior de naturaleza jurídica, moral o económica sino un cuerpo real, vivo, uno y múltiple a la vez, el cuerpo místico de Jesucristo. De la misma manera que todos nuestros

miembros con sus diversas funciones forman un cuerpo en nuestro cuerpo porque están unificados por el alma que los vivifica, así todos somos uno en el Cristo cuya alma nos une y vivifica. Según la comparación evangélica, es una viña inmensa cuya cepa es el Cristo y cuyas ramas innumerables extendidas por el espacio y el tiempo somos nosotros; la comunión que reúne a los cristianos en la misma mesa santa donde cada cual recibe a su Dios y donde Dios nos recibe a todos reunidos en El, al mismo tiempo que una realidad sacramental es la figura de esa gran comunión invisible.

“Si un miembro padece, dice San Pablo (I, Corintios XII 26) todos los miembros se compadecen, y si un miembro es honrado todos los miembros se gozan con él”. Así se expresa en admirable síntesis no sólo la doctrina sino el sentimiento de esta íntima comunidad espiritual en que la unión mística es al propio tiempo una unión de caridad y en que la elevación de uno solo de sus miembros en el reino de la gracia, es al propio tiempo y por misteriosa mediación del amor, la elevación de todos.

De esta breve caracterización que acabamos de hacer de la Iglesia Católica, queremos extraer dos calidades, cuyo estudio constituye el tema central de esta conferencia y que son el misticismo y la caridad.

Nos parece haber expresado con suficiente claridad por qué el misticismo, como estado espiritual de unión con Dios y como concepción de las relaciones entre Dios y la Iglesia, constituye un rasgo esencial de la conciencia católica. Nos parece igualmente haber mostrado que el misticismo católico no se opone ni a la organización jerárquica de la Iglesia, que presupone una autoridad regular, ni a la profesión de una doctrina racional fundada en la revelación y que constituye no sólo la expresión intelectual de la ontología y de la ética, sino una estructura universal y permanente cuya admisión por los creyentes garantiza la unidad y al mismo tiempo la objetividad de la vida y del pensamiento religiosos.

Y aquí, — y con el objeto de esclarecer nuestro punto de vista — quisiéramos hacer una distinción entre el misticismo como modalidad general de la vida religiosa católica y ciertos fenómenos extraordinarios, como el llamado por los teólogos contemplación infusa, que sólo se dan en ciertos espíritus privilegiados, en ciertos espíritus superiores tocados por una gracia especial. Llamamos mis-

ticismo a la participación de todos — y gracias a la acción eficaz de la Iglesia — en la vida de Cristo. Entendemos por mística la experiencia de esa participación y aun más; la elaboración doctrinal relativa al sentido y al fundamento de la experiencia mística. Como católicos, como miembros del cuerpo místico de Cristo, todos participamos místicamente en la vida cristiana pero a pocos les es dado tener la experiencia extática de esa participación o por lo menos disfrutar de ella con la plenitud incomparable con que pudo vivirla y expresarla, por ejemplo, un San Juan de la Cruz. Así, pues, para los fines de esta conferencia podemos decir que el misticismo es una categoría más general que la mística.

Y ya que hablamos de San Juan de la Cruz, y puesto que la realización de los altos valores espirituales ha de mostrarse en sus manifestaciones más puras y excelsas, digamos unas cuantas palabras sobre el gran místico español, llamado el príncipe de los místicos y en quien se juntan por modo insuperable y en cierto sentido arquetípico, las calidades más elevadas y auténticas de la mística católica.

La vida de San Juan de la Cruz fué una gran obra de piedad y de fe, una manifestación admirable de su perfección interior. Entre sus obras, su vida fue sin duda la más grande. Pero aparte de ella, que en sí misma constituye una imagen ejemplar de suprema belleza, tres producciones encierran principalmente la transcripción de su experiencia y la exposición de su doctrina: *La subida del Monte Carmelo* y *La Noche Oscura* que no forman en realidad más que un solo tratado constituyen la primera de esas producciones; viene en seguida *La Viva Llama de Amor* y al fin, *El Cántico Espiritual*, obras a las que habría que agregar para tener una nómina relativamente completa de los escritos del Santo, *Las Sentencias* y *Avisos Espirituales* y las *Cartas* que en número desgraciadamente muy reducido han llegado hasta nosotros.

En cuanto a la doctrina, la mayoría de los expositores e intérpretes distingue, con justicia, tres elementos o datos fundamentales o, si queremos hablar con más precisión, tres fases en lo que podría llamarse el proceso místico. La primera es un puro medio y consiste en el renunciamiento absoluto; la segunda es todavía un medio pero en cierto sentido es ya un fin, y consiste en el amor de

Dios; la tercera es el término de toda ascensión espiritual; es la unión transformante o la vida deiforme. Estudiémoslas sucesivamente.

Es necesario despojar el alma de todo ejercicio, de toda satisfacción que reteniéndola adherida a las cosas de este mundo, le impida alcanzar la perfecta unión con Dios. "El alma, asienta en una de sus sentencias, debe reprimir y condenar al silencio todos los medios y ejercicios de las potencias", y en otra agrega: "Si quieres que en tu espíritu nazca la devoción y que crezca el amor de Dios y apetito de las cosas divinas, limpia el alma de todo apetito y asimiento y pretensión, de manera que no se te dé nada por nada".

Y así, al preconizar el renunciamiento, la separación de todo lo sensible como el único medio para disponer el alma a su unión con Dios, la mística de San Juan de la Cruz contiene una doctrina de la nada. "Todo el ser de las criaturas, escribe, comparado con el ser infinito de Dios es nada, y así el alma cautiva de lo creado es nada y desciende por debajo de la nada a los ojos de Dios".

Pero esta doctrina de la nada es coextensiva con la doctrina del todo porque el renunciamiento, la separación, no son sino los caminos, las puertas para acercarse a la perfección sobrenatural y a la plenitud. Y aquí encontramos otro elemento esencial en la doctrina, un elemento que como ya lo dijimos constituye un paso necesario y a la vez la meta de la ascensión mística, a saber: el amor, que es un fin puesto que la plenitud a que aspira el alma no es en el fondo otra cosa que un encenderse en el amor de Dios, y un medio porque sólo se puede llegar al amor partiendo de él, porque sólo les es dable progresar en el reino del espíritu a los que ya poseen, en el fondo escondido de su inquietud, el espíritu.

El fin verdadero y último de la ascensión espiritual es la unión transformante, preludio de la visión beatífica y comienzo en este mundo del estado celeste. Estado indescriptible y del cual San Juan de la Cruz sólo nos da algunas indicaciones muy vivas y radiantes por cierto pero que no transcriben, porque no las puede transcribir el lenguaje humano, las supremas experiencias en que el alma vive en una nueva dimensión de lo real. "De esta unión divina, escribe Jean Baruzi, sólo nos dirá las primeras fases. El mis-

tico fué mucho más alto, por encima de la región a donde él nos conduce" (1).

Hemos hecho esta referencia a la mística de San Juan de la Cruz con un doble fin: primero porque queríamos mostrar en el ejemplo de un santo admirable, algo así como la figura paradigmática de la mística católica, con toda su incomparable elevación y profundidad y segundo porque nos interesaba mostrar la esencial solidaridad entre la ascensión mística y la ascensión en la vía de la caridad. En cierto modo la experiencia mística es una experiencia de amor y la suprema unión con Dios no viene a ser, al fin y al cabo, sino un perderse del alma en el abismo de la divinidad como una llama que se pierde en otra llama.

Y pasemos ahora, habiendo establecido su solidaridad con el misticismo, a ocuparnos en forma especial de la caridad.

Como lo dice con expresión a la vez justa y bella el padre Pierre Sanson en sus conferencias de cuaresma del año 1927, el cristianismo es una metafísica de la caridad, es decir, que en el fundamento más hondo de la religión cristiana, en su estructura más íntima, en aquello que estando más allá de toda experiencia impregna sin embargo, y confiere su sentido a la experiencia, se encuentra un misterio de amor, un *darse de Dios al hombre* y una sagrada vocación del hombre hacia Dios por ministerio de la caridad. Pensando en esa misma metafísica aunque sin darle el mismo nombre y colocándose en un punto de vista meramente histórico dice Guido de Ruggiero: "En el realismo cristiano se reintegran el valor de la subjetividad y de la personalidad; al ideal meramente contemplativo del platonismo se sustituye un ideal dinámico y activo; el hombre no transfiere ya fuera de sí la propia realidad sino que la descubre en sí mismo, en la llama del amor y de la caridad que se irradia de su espíritu y que colma con el impulso de la acción el abismo de trascendencia que la inerte visión platónica mide sin colmar" (2).

El espíritu de caridad se manifiesta desde luego en el acto de amor por excelencia que consiste en el propio sacrificio de Dios por la salvación del hombre — sacrificio y ofrenda que con la ins-

---

(1).—*Saint Jean de la Croix et le probleme de l'experience mystique*, París. 1924, pág. 235.

(2).—*Storia della Filosofia, La Filosofia Greca V. I*, pág. 218, 219, Bari. 1921.

titución de la Eucaristía adquiere los caracteres de una incomparable intimidad y profundidad — pero también se da con maravillosa abundancia y generosidad en la vida y la acción de los innumerables héroes católicos, santos, mártires, apóstoles, benefactores conocidos y desconocidos que adunan a la eficacia de su enseñanza, de su ejemplo y de su influencia para la elevación y edificación de las almas, la fecundidad y eficacia de su obra social, que alivia la enfermedad y la miseria, preserva la infancia y la adolescencia, acoge la ancianidad y la invalidez y por doquier y para toda edad y condición, prodiga los dones y el calor de una fraternidad que no es simplemente metafórica sino real, sustancial, derivada de nuestra filiación divina y sostenida, en el duro camino del apostolado y de la acción benéfica, por el sentimiento vivo, íntimo, profundo de esa filiación.

Como ilustraciones de lo que llevamos dicho sobre el espíritu de la caridad vamos a referirnos sucintamente a San Francisco de Asís y a San Vicente de Paúl.

De San Francisco de Asís, dice Abel Bonnard (1) que es una “aparición del amor”, y así lo fué en efecto porque en él, nada menoscaba la plenitud ni enturbia la pura claridad del amor. Su vocación fué un llamamiento de amor; su vida, una pródiga dispensación de sí, realizada según el espíritu de la más perfecta humildad, esa admirable virtud inseparable de la verdadera caridad evangélica; su poesía, un himno lleno de inocencia y de claro lirismo a la grandeza y a la providencia divinas que las criaturas naturales reflejan y en su mudo lenguaje ensalzan; su santidad, en fin, una pura realidad de amor que bajo las adorables especies de la inocencia infantil y de la humildad suscita en la historia y en el alma algo así como una aurora radiante, musical y feliz.

La caballeresca devoción de Francisco por la “señora pobreza” no era en realidad sino una forma de su amor a los humildes, a los pobres, a los olvidados, a los tristes. Y además, y esto nos parece esencial, la expresión de su propia plenitud interior, de su propia riqueza — que no había menester de los bienes falaces del mundo para colmar de gozo espiritual su corazón — de su propio anhelo místico que buscaba el todo y que por lo mismo no quería ni podía retener

---

(1).—*Saint Francois d'Assise*. Paris, 1929, pág. 150.

nada en nada. Por lo cual San Francisco de Asís habría podido decir como San Juan de la Cruz, aunque con un acento lírico diferente:

Para venir a poseerlo todo  
No quieras poseer algo en nada.

San Vicente de Paúl, fué el genio de la realización práctica inspirado por el espíritu de la caridad evangélica. Desde luego su interés y su actividad se dirigen a la salud espiritual del prójimo, y así nace y crece su obra misional que es empresa de educación y edificación. Pero también se ejercitan en el alivio de la miseria y en la mitigación del dolor, en las innumerables fundaciones que no sólo constituyen en sí mismas obras acabadas de asistencia social realizadas muchas veces venciendo circunstancias por todo extremo adversas, sino admirables creaciones de la imaginación, invenciones geniales del espíritu humano provocadas no por ningún prurito de ambición o de placer o de interés sino exclusivamente por una exigencia y por una heroica vocación de amor.

Lo que caracteriza las obras de la caridad católica y las distingue de las que provienen de la mera filantropía, de la simple beneficencia laica o protestante es que en todas ellas, aun en las que aparentemente sólo atañen a los bienes materiales de la salud o del sustento se contiene un elemento sobrenatural de redención y santificación. Lo cual se comprende perfectamente cuando se recuerdan las curaciones milagrosas del Evangelio y se ve que cuando el Salvador resucitaba a los muertos, daba vista a los ciegos, limpiaba a los leprosos o devolvía a los paralíticos el uso de sus miembros, los muertos no sólo resucitaban a la vida de la carne sino a la vida de la gracia, los ciegos no sólo veían la luz del día sino la luz de la salvación, los leprosos quedaban limpios de pecado y los paralíticos tomaban el camino de la verdad.

La caridad católica es esencialmente un don de sí. Institución del amor, vive por<sup>o</sup>ue en la distribución de sus beneficios se reparte igualmente el alma y así se comunica a quienes lo reciben la misma vida sobrenatural que proviene de Cristo y vuelve a Cristo. Por lo cual se puede afirmar que la Eucaristía es la figura paradigmática de todo acto verdadero de caridad.

El protestantismo carece de la base mística que caracteriza la conciencia y la vida católicas, puesto que erigiendo el arbitrio individual en supremo criterio de la interpretación del Evangelio y por consiguiente de la vida cristiana, erigiendo la Palabra, en el único punto de partida de la vida religiosa, suprime toda verdadera comunicación sobrenatural entre Dios y el hombre, deja a éste abandonado a su propia soledad, convierte la religión en mera doctrina y la entrega, de esta suerte, a la anarquía sin límites de la controversia y de la dispersión.

Refiriéndose al fundador del protestantismo dice Harnack: "Del misticismo y de la especulación estuvo separado por la convicción enteramente no mística de que la confianza en Dios, considerado como el Cristo mismo, es el contenido real de la religión, contenido que no puede ser trascendido por nada y cuyas limitaciones no pueden ser removidas por ninguna especulación" (1). Afirmación relativa a la doctrina que no se debilita por el hecho de que el fundador del protestantismo leyera y meditara las obras de Tauler — místico continuador de Eckart — desde que su religiosidad personal no derivaba de un sentimiento de unión mística, sino de una cierta decisión moral de su espíritu que creía encontrar en la confianza en Dios una respuesta, una solución para su ansia vehemente de justificación. Y que se fortifica además, por la razón de que el protestantismo no se ofrece como algo inicial sino más bien como una actitud de reacción de carácter polémico, cuyo propósito ostensible es la restauración del cristianismo primitivo, pero cuya intención primera y profunda era la destrucción de la Iglesia de Roma.

Por la fuerza de las cosas el luteranismo, que es el punto de partida de la religiosidad protestante fué una explosión del sentimiento individual. En consecuencia iba a la destrucción de toda verdadera religión, en tanto que toda religión implica un vínculo social no sólo entrè Dios y el hombre sino entre los hombres entre sí como miembros de la misma comunidad y participantes en una sola y única vida espiritual. El protestantismo reducía la religión a un simple fenómeno de orden interior, individual, y la famosa *liber-*

---

(1).—*History of Dogma*, Traducción Inglesa. London, 1899. Vol. VII, pág. 183.

*tad del cristiano* no era en gran parte otra cosa que la libertad de conciencia individual por relación a las definiciones dogmáticas y a las interpretaciones evangélicas de la autoridad eclesiástica. Por esta misma razón la Iglesia — que para el católico es la mediadora esencial de salvación — quedaba reducida a una simple asociación ocasional y el sacerdocio distinto quedaba suprimido puesto que con la total supresión de la autoridad espiritual todos los cristianos resultaban sacerdotes. Abolida la tradición, la enseñanza oficial, el mundo espiritual tendía a convertirse en una Babel propicia a todos los errores en materia religiosa y a todas las negaciones del libre pensamiento y de la incredulidad.

De este modo el protestantismo elimina la posibilidad del verdadero misticismo que, como ya lo hemos visto, sólo se da por efecto de la unión de Cristo con su Iglesia y de la comunión de todos los fieles en la vida inmortal y divina que alienta en la vida de la Iglesia y que por su órgano se manifiesta y actúa.

Por otra parte, la doctrina protestante de la justificación, poniendo el acento en la eficacia decisiva de la fé con prescindencia de las buenas obras, en realidad elimina la caridad como elemento primordial de la vida religiosa. En la economía de la vida católica en cambio, no salva únicamente la fé sino también y principalmente el amor: el amor a Cristo y el amor al prójimo en Cristo. Admirable círculo en que el hombre al amar al Salvador y entregarle su vida se convierte, en cierto sentido, y por misteriosa mediación del amor, y del dolor, en el propio Jesucristo, y al amar a sus hermanos los ama como Cristo y en Cristo. "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Juan XII, 15).

El individualismo y el subjetivismo protestantes que erigen el aislamiento y la separación en títulos de excelencia y que convierten el mundo espiritual en un conjunto de mónadas orgullosas y distantes resultan así opuestos al espíritu de la verdadera caridad y filiación místicas. Por eso las obras de la filantropía protestante obedecen al simple instinto natural de altruismo o de compasión y por laudables que puedan ser algunas de ellas desde el punto de vista meramente humano, padecen de la limitación inherente a su origen y en países de tradición católica como el nuestro constituyen un grave peligro porque perturban la conciencia religiosa del pueblo con el ha-

lago de beneficios materiales que no compensan en forma alguna al daño espiritual que ocasionan.

Con justicia dice Balmes: "donde falta la caridad cristiana podrá haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera pero faltará una cosa que con nada se suple, que no se paga, el amor". Y agrega: "La filantropía es la moneda falsa de la caridad" (1).

Para juzgar de lo que podría llamarse el sentido protestante de la acción y ver cómo él elimina el amor místico que constituye la verdadera caridad en el sentido católico que es su sentido verdadero y profundo, basta examinar brevemente el moralismo kantiano que es la derivación histórica de las premisas protestantes en el campo de la especulación moral. Es conocido el rigor con que Kant opone su concepto del deber a toda moral del sentimiento, a toda conducta inspirada en el amor y por consiguiente en la caridad. "Es muy hermoso dice, hacer el bien a los hombres por amor a ellos, pero esto no es la verdadera máxima de nuestra conducta. Deber y obligación son los únicos nombres que debemos dar a nuestra relación con el bien moral". Y es sabido también que el precepto supremo de la moral kantiana puede resumirse en el respeto a la libertad en sí y en los otros, puesto que sólo la libertad posee un valor absoluto y tiene en sí misma su fin con lo cual el mundo espiritual se convierte en una asociación de seres aislados que, en cierto sentido y en cuanto entidades de libertad, son fines absolutos y cuyo único vínculo afectivo es el respeto en la fría y triste república de la razón que no es, sin duda, el reino de Dios.

Desprovisto de base mística, fundado en la simple creencia o mejor en una cierta confianza pragmática en la veracidad de Dios, la religiosidad protestante es un mero teísmo. Profesa, sin duda, la creencia en Dios, en su omnipotencia y providencia, admite su paternidad y reconoce la obra de salvación que consuma Jesucristo. Pero carece de la iluminación intelectual que orienta la conciencia católica de la divinidad y no conoce ni recibe la misteriosa comunicación de la gracia, la efusión mística que infunde en todo el cuerpo de la Iglesia una misma vida sobrenatural y que desborda la mera

---

(1).—*El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, Paris, 1854, Tomo I, pág. 412.

creencia en Dios con la abundancia de una participación activa en la fuente inagotable de su misericordia y de su amor.

Considerado el protestantismo así descrito, con sus notas principales de contradicción y dispersión opuestas al misticismo y a la caridad, todo él se nos aparece como una reducción, una simplificación abstractiva e inánime de la riqueza concreta de la vida católica. De esa inmensa riqueza que se prodiga en primer término en las tres grandes virtudes teologales — tres virtudes distintas y una sola y misma esencia de perfección y de santidad; que se da abundantemente en los dones con que el Espíritu Santo regala pródigamente el entendimiento y el corazón del hombre; y que por último se vierte sobre el trabajo humano como una bendición, como una lluvia a cuyo milagroso contacto la obra de la mente y de las manos resplandece con claridad celeste y — percedera según la naturaleza — asume la majestad trascendente de lo eterno.

Pero yo traspasaría los límites de esta conferencia si me extendiera en comparaciones entre la concepción católica y lo que podría llamarse concepción protestante de la vida, juzgándolas tanto desde el punto de vista de su fundamento espiritual cuanto de sus frutos para la vida. Con lo dicho creo haber dejado establecida la indiscutible superioridad del catolicismo que no sólo organiza integralmente la vida con miras a un ideal sublime de perfección, sino que eleva positivamente al hombre sobre el nivel de su propia naturaleza y lo promueve a una nueva y sobrenatural dignidad.

¿Cómo contemplar pues, con indiferencia que la tradición católica del Perú, mantenida durante largos siglos, ilustrada con tantos admirables ejemplos de sabiduría y de santidad y cuyas raíces se hunden en lo más hondo del alma popular se vea atacado por un proselitismo extranjero, ajeno por completo a nuestra cultura y que no ostenta ningún título de superioridad o siquiera de excelencia religiosa o ética?

Desde luego, la propaganda protestante no se dirige a las clases ilustradas de la sociedad peruana; se dirige a las clases modestas y principalmente al indio, y lo hace fundándose en un supuesto tendencioso y valiéndose del halago material consistente por lo general en la dádiva y a veces en obras de asistencia social.

En cuanto al supuesto que podríamos llamar teórico consistente en sostener que la religiosidad del indio no es un verdadero catolicismo sino una cierta forma de idolatría alimentada por quienes tienen interés en mantenerlo en el alcoholismo y la ignorancia, debemos decir que es, radicalmente falso. La religiosidad del indio peruano no es ni más ni menos que la religiosidad popular de todas las naciones del mundo, Italia, España, Francia, donde también se celebran fiestas, se veneran imágenes y se asocian a la celebración de ciertas conmemoraciones litúrgicas, los regocijos propios de la siembra y de la cosecha.

Quienes abogan por la supresión de las fiestas religiosas fundándose en consideraciones económicas o de una pseudo educación popular, ignoran no sólo el profundo sentido espiritual que ellas tienen y que basta para justificarlas, sino, y esto es más grave tratándose de personas que pretenden ejercer funciones de alta pedagogía social, que las fiestas tienen una significación esencial en el régimen del trabajo y en lo que podríamos llamar la distribución vital del tiempo. El ritmo de las fiestas hace que el año no sea tan sólo un periodo matemático de tiempo, un número convencional de semanas o de meses sino algo vivo, animado, lleno de la poesía de la nostalgia, de la liberación y de la esperanza.

En cuanto a las dádivas, a las obras de asistencia social que realiza el protestantismo y que son un elemento fundamental de su propaganda, ya hemos visto que ellas no se inspiran en la verdadera caridad sino en un mero espíritu de proselitismo anticatólico, que pretende arrancar de la masa popular del Perú no sólo su tradición romana sino su única y auténtica tradición cultural que, por muchas razones sociales e históricas es absolutamente inseparable de las formas de su vida religiosa.

No obstante las expresiones a veces infantiles de su religiosidad, el indio peruano es católico y como tal participa en la gran comunidad de vida que une a los fieles de todos los tiempos y lugares desde los santos y los sabios que ocupan los grados más altos en la escala de la perfección espiritual, hasta los simples creyentes que no complican su fé con especulaciones y controversias y que aceptan, veneran, y, en la medida de sus fuerzas, realizan las verdades doctrinales y los preceptos evangélicos del catolicismo.

Defender nuestro patrimonio espiritual es un deber religioso y patriótico. Trabajar por la preservación de la fé católica del pueblo es trabajar al propio tiempo por la conservación de su personalidad cultural e histórica. El fin religioso es un fin en sí, superior a todos los fines particulares del individuo y de la sociedad. Y por ello es para nosotros los peruanos una gran fortuna poder trabajar en servicio del supremo ideal religioso y contribuir con el mismo esfuerzo a la realización de nuestro destino nacional.

En resumen, el catolicismo es una religión que al par que eleva al hombre sobre su propia naturaleza y le conduce a vivir plenamente en Dios, instituye el espíritu de fraternidad sobrenatural y con ello ofrece a la caridad una profunda base metafísica y ética. El protestantismo, que no conoce ninguna filiación mística, ni le da al hombre la posibilidad de trascender la condición humana ni le ofrece un fundamento absoluto y divino a la actividad altruista y generosa. La Providencia ha querido que nuestra patria profese la religión Católica y que viva dentro de las instituciones morales y sociales que ella ha fundado. No permitamos pues que sus designios se vean contrariados por los propósitos disolventes y anárquicos de la propaganda anticatólica.

*Mariano IBERICO.*